



El tiempo cura heridas (Génesis 27)

El hogar de Isaac y Rebeca es el prototipo de una familia que funciona normalmente pero que internamente experimenta divisiones. En esta familia la segregación se expresaba en el sentido de que Isaac prefería a Esaú y Rebeca a Jacob. Esta actitud de los padres por tener más afinidad y empatía por un hijo es muy común en nuestra sociedad y, que tristemente ocasiona roce entre los esposos y resentimientos en los hermanos.

En la historia que estamos considerando, encontramos que Isaac trataba de transferirle a su hijo Esaú la bendición del pacto Abrahámico, omitiendo la decisión divina de cumplir su plan a través de Jacob (25:22-27). Por su parte, Rebeca anhelaba que su hijo preferido fuera quien recibiera la bendición patriarcal. Para lograr este fin se aprovechó de la vejez y ceguera de su esposo Isaac y en contubernio con su hijo lo engañaron e hizo que Jacob se hiciera pasar por Esaú y éste con sutileza **“se llevó la bendición”** que le correspondía a él. (27:35)

Esta acción de Jacob hizo que “a partir de ese momento, Esaú guardó un profundo rencor hacia su hermano por causa de la bendición que le había dado su padre y pensaba: ya falta poco para que hagamos duelo por mi padre; después de eso **mataré a mi hermano Jacob.**” (27:41)

Es muy probable que Esaú expresara su enojo y las amenazas a sus amigos y parientes; ya que, **“cuando Rebeca se enteró de lo que estaba pensando Esaú”** (27:42) le advirtió a su hijo Jacob que se fuera a vivir lejos y quedarse en la casa de Labán su tío. Ella pensaba que la distancia y el transitar del tiempo serían los aliados para calmar el enojo de Esaú y su sed de venganza (27:42-45). Según ella el tiempo le ayudaría a tranquilizarle y a olvidar el agravio.

Cuando las personas nos hieren profundamente no se dan cuenta que ocasionan un gran dolor en nuestro ser, sin embargo, para encontrar sanidad interior debemos **perdonar y permitir que el tiempo cicatrice nuestra herida.**